

NO ME GUSTA EL CHISME

(Segunda parte)

¡BENDITA AMISTAD!

Es muy común que entre los amigos se presenten situaciones en donde poco a poco se va perdiendo la confianza. Cuando esto sucede, incluso puede llegar el distanciamiento y lo que antes era amor, empatía, cordialidad, respeto, lealtad y admiración, se convierte en odio. No hay más. Esa palabra engloba todo lo que se pueda sentir hacia alguien que nos defraudó. Eso pasó entre doña Anita y “La Chagua”, porque para la atolera, no había situación que le doliera más, como el que le tocaran a su adorada Male. Sin embargo, cuando existen secretos entre los amigos, es que en realidad no hay tal amistad, puesto que los amigos son en quienes podemos desahogar todo eso que nos agobia, son quienes pueden ayudarnos a cargar la cruz, cuando ésta, es demasiado pesada y doña Anita, guardaba un secreto que estaba a punto de ser revelado, no por mí, porque la verdad nunca me ha gustado el chisme. En esta ocasión, era su propia hija -me refiero a Araceli, no a Male-, quien se encargaría de despotricular a causa de haber descubierto lo que se guardaba con tanto recelo, en el cuarto de su supuesta hermana.

Nunca se me va a olvidar esa mirada de odio que me lanzaba el hombrecito que se quitaba el vestido floreado y aventaba las calcetas color pastel, dejando al descubierto su miembro que casi le llegaba a la rodilla. El grito de horror que Araceli lanzó me hizo reaccionar y la tuve que sostener entre mis brazos, porque se desvanecía. Ese grito provocó que los vecinos cercanos llegaran de inmediato, pues pensaron que había ocurrido una desgracia. Y en efecto, estaba ocurriendo una desgracia, ya que los presentes pudieron darse cuenta de que doña Anita, en realidad no tenía tres hijas sino dos, y que la

que todos llamábamos: “artesanía viviente”, “muñeca de sololoy” o “cabeza de tolteca”, era un hombre, un enano de avanzada edad, que se hacía pasar por una mujer atrapada en el cuerpo de una niña.

Ya no tenía caso seguir ocultando la verdad. Maléfico, era el verdadero nombre de aquella persona de baja estatura que había nacido con *acondroplasia*, el tipo más frecuente de enanismo. Por esa razón, su cabeza era de mayor tamaño, provista de frente prominente, una de las características más frecuentes de esa condición. Afecta a una de cada veinticinco mil personas de todas las razas y grupos étnicos, y coincidentemente había nacido el mismo día en que nació doña Anita. Si. Eran hermanos.

Araceli estaba temblando, tuvieron que llamar al médico porque aquella situación le estaba provocando un espasmo nervioso que casi le causa la muerte. Sentada en un rincón estaba doña Anita, con la mirada clavada en las losetas del piso, que recién había regado Linda, que cuando llegó no sabía lo que pasaba. Al verla, su hermana se levantó, sin importarle que el doctor aún le tenía puesto el suero intravenoso. Muerta en llanto fue a abrazarla, pidiéndole que por favor la despertara de la pesadilla que estaba viviendo. Linda, miró al pequeño hombre que ya había salido de su cuarto, pero vestido con pantalones y camisa a cuadros, un sombrero y los zapatos con suela alta, pidiéndonos a todos que nos fuéramos porque los asuntos que estaban presenciando, eran familiares. Supimos del parentesco entre los dos, -me refiero al de Maléfico y doña Anita, no al de alguien más-, porque al día siguiente Araceli, salía de su casa con una maleta y acompañada de Juan Castro, el novio que tenía y al que conoció, precisamente cuando le pagaba la taza de atole que se tomaba, mientras esperaba que llegara la hora de abordar de nueva cuenta, la tranvía que lo llevaría al rancho donde vivía.

Se preguntarán que porque sé todo esto, y por eso les quiero decir que es muy cierto lo que se dice, con respecto a que el mundo es muy pequeño; y yo, lo pude constatar,

cuando después del incidente, llegaba Araceli, aún con la cara *compungida* de tanto llorar, a la casa de mi nana, acompañada del sobrino de mi tata Mencho, Juan Castro, hijo de don Chalío, hermano de mi abuelo, que se llevaba a mi amiga a vivir con él, a “Los algodones”, el rancho donde vivían y que se encuentra más allá de Imala, el pueblo de las aguas termales.

-

La que salió ganando en todo este embrollo fue “La Chagua”, porque al haber *roto las tazas* con doña Anita, aprovechó que sabía la receta del atole de pinole, pues como ya les había contado, ella la acompañó al Registro Público a recibir la herencia, y como doña Anita no quería abrir el sobre que le dieron, por la emoción que la embargaba, le pidió a ella, que lo abriera, así que antes que doña Anita, “La Chagua” supo en qué consistía la dichosa herencia, que le dejaban las tacañas de sus tíos. Cuando se la entregaba a su amiga, ya había leído las tres líneas escritas con letra cursiva que decían:

Atole de pinole.

Para hacer el pinole, tuesta el maíz y muélelo hasta que quede hecho polvo. Por cada dos litros de agua hirviendo, agrega una taza de pinole. Endulza al gusto con piloncillo. Déjalo hervir por otros diez minutos y agrégale unas varitas de canela. Antes de apagar el fuego, ponle una pizca de sal.

Aprovechando el distanciamiento entre las dos -me refiero a doña Anita y a “La Chagua”, no a las tíos tacañas, porque esas ya habían petateado-, “La Chagua” empezó a vender también la bebida, pero lejos del puesto de doña Anita, quien siguió vendiendo el rico atole, pero ahora la administración era llevada por un enano repugnante, que empezó a ahuyentar a la clientela, que preguntaba por la niña que se sentaba en la silla alta, de esas que usan en los restaurantes para que se sienten los niños que aún no pueden caminar.

La astuta de “La Chagua”, aunque al inicio no le pegó el *changarro*, colocó un letrero que decía: *Atole de pinole, con la receta de doña Anita. Pero mejorado.* Además, agregó en lugar de gorditas, *birotas* partidos a la mitad con mantequilla y a los días, ya tenía acaparada a la clientela que iban del otro lado del Tamazula, hasta el puesto de doña Anita, porque “La Chagua” había puesto el suyo, frente al mercado Garmendia. A mí en lo particular, no me gustaba, así que seguíamos comprándole a doña Anita, quien a los años dejó de vender, porque los clientes comenzaron a preferir el que vendía “La Chagua”. Y no crean que iban por la sazón que tenía, sino porque al ser tan argüendera, se la pasaba contando *charras*, entre las que sobresalían las de la niña cara de tolteca, la artesanía viviente y la muñeca de sololoy.

Nadie podría imaginarse cómo es posible que una bebida tan sencilla, de origen prehispánico, como lo es el pinole, que nuestros ancestros utilizaban como bebida energizante, pues antes de la conquista no existían los animales de carga en estas regiones, y la caminata era el único modo de trasladarse de un lugar a otro, y por esa razón la consumían. Pues como les decía, apenas verlo para creerlo, pero “La Chagua” ya no era la mujer de los mitotes de la colonia, sino la señora más respetada pues se volvió tan rica, que había remodelado su casa y todos los triques que utilizaba para armar su puesto frente al mercado Garmendia, los llevaba en una camioneta de redilas del año. Usaba lentes de marca, y jeans ajustados al cuerpo, porque ella si se pudo quitar los cuajos que le colgaban de los antebrazos y la papada -no de guajolote, sino de iguana-, y también se había rebanado la panza, quedando como quinceañera. Y les digo que, como quinceañera, porque la muy ridícula, hiso un fiestón para celebrar sus quince años por cuatro, con chambelanes y toda la cosa, e invitó a todos los de la colonia, además de los clientes frecuentes, y la muy desvergonzada también le mandó invitación a su entrañable amiga de doña Anita, quien obviamente no asistió. Pero la que, si llegó arrasando, convertida en

un mujerón, fue Araceli, quien se fue directo a la festejada y la revolcó por toda la pista de baile, agarró el micrófono y le dijo que eso se merecía por haberle robado la receta a su santa madre, a quien al parecer ya había perdonado.

Los chambelanes trataban de separarlas, pero Juan Castro, quien se había convertido en todo un galán, traía una súper que hizo sonar soltando tres balazos, para que dejaran a su *vieja* que siguiera *desmechonando* a la pobre de “La Chagua”, así que toda la gente *despavorida*, salía corriendo de la dichosa fiesta que terminaba en tragedia. Como Juan Castro venía siendo mi primo, yo me quedé a mirar el espectáculo y a mi lado la hermana de Araceli, la que tenía ojos de tecolote y a quien, por cierto, nadie sacaba a bailar, por ser tan *fellita* la ingrata.

Otra cosa que no les había contado, porque ahí donde me ven, me da pena, pero a mí si me molestó bastante que hayan terminado con el *jolgorio*, pues andaba de volado con Tere “la tamalera”, -como le decían-, porque lógicamente vendía tamales, junto con sus hermanas Dora y Lupita, hijas de doña Lupe, la mujer que elaboraba los tamales más ricos en este mundo. Esos si eran tamales, no *fregaderas* como los de ahora, que hacen con queso crema y hasta de sabores. No. Ella hacía los tamales con la receta original, con los elotes que cortaban de las parcelas del otro lado del Humaya, que, para ir por ellos, tenían que abordar una canoa, para poder cruzar el río. Y los de puerco, estaban gordos, llenos de carne que cocinaba con las verduras bien lavadas. A mí se me caía la baba -por Tere, bueno, también por los tamales- y ya que me había animado para sacarla a bailar, que va entrando Araceli, dejándome, abanicando, con las ganas de bailar quebradita con “la tamalera”, porque desde ese momento los de la banda, dejaron de tocar, y salían *espichaditos* para que no les tocara alguna bala perdida.

Cuando llegó la policía, Juan Castro como todo un caballero, salió para apalabrarlos, les dio cinco billetes de mil pesos y se fueron muy campantes, dándole paso

a la ambulancia que alguien había llamado, porque “La Chagua” ya sangraba por la golpiza que le había dado mi amiga. Mientras la trasladaban en una camilla, los paramédicos quedaron impactados con la belleza de aquella mujer, -me refiero a Araceli, no a “La Chagua”, que parecía un guiñapo-, pero nada más vieron que Juan Castro desenfundaba la super, se agilaron para llevarse a la paciente, quien le gritaba a la agresora que se las iba a pagar. No lo hubiera dicho, porque en ese instante Araceli se fue a la mesa de honor y agarró el último piso del pastel, y corrió para embadurnarle la cara, mientras que Linda y yo, nos fuimos por lo que quedaba del pastel y nos lo comíamos risa y risa; yo le daba betún y ella me daba también, sin darme cuenta que Tere nos observaba, así que pienso que creyó que nos gustábamos, porque ya no me dirigió la palabra, sino hasta que un día, me propuse acompañar a Lupita su hermana, a vender tamales por toda la colonia.

Mi primo Juan, quería hacer bien las cosas, así que escogió el mejor torete para la barbacoa pues para taparle la boca a todas las chismosas del barrio, se casaba con Araceli, en la Iglesia de San Rafael y la fiesta se llevaría a cabo en el rancho “Los Algodones”. Cuando estaban repartiendo las invitaciones me di cuenta de que no estaban considerando a doña Lupe y a sus hijas, pero cuando le reclamé a mi primo, me emocioné como no tienen idea. No estaba invitada porque era quien prepararía el banquete y, además, haría tamales, así que desde ese día comencé a planear como llegarle a Tere, que ahora ya no era “Tere la tamalera”, sino “Tere la molacha”, porque resulta que el día que me fui a vender tamales con Lupita, su hermana, e hija de doña Lupe y también hermana de Dora, encontramos un regalo, en una de las banquetas. Al parecer alguien lo había olvidado; Lupita fue quien lo vio primero, y mientras dejaba el valde de los tamales para recogerlo, la astuta de “Tere la tamalera”, que aún no era “Tere la molacha”, se le adelantó, para querer ganárselo, pero Lupita de coraje, la empujó y se fue de bruces hasta pegar en la

pared, y ahí fue cuando se convirtió en “Tere la molacha”, pero ahí no termina la cosa, porque cuando Lupita tomó el regalo, me dijo que ya no seguiríamos vendiendo los tamales, pues quería irse a su casa a abrir el famoso regalo. A mí ya no me importaba eso, sino ayudar a Tere, porque la pobre lloraba del dolor, pues el diente que se le cayó era el de enfrente. ¡De aquí soy! me dije. Así que, como todo buen caballero, la pude abrazar para consolarla y ahí empezó el romance. Lupita parecía rayo, agilada se fue dejando el valde de los tamales olvidado y como yo estaba atendiendo a mi molachita, no me fijé. Se preguntarán que por qué, si no me había fijado, supe que había dejado el valde. Pues todo tiene una explicación, ya que cuando llegamos a la casa de doña Lupe, ya estaba Lupita abriendo la caja empaquetada con moño y toda la cosa, y cuál fue su sorpresa, que el contenido era una caca de caballo, que apestaba horrores. Doña Lupe, agarró el cinto y se pajuelió a las dos. A una por ventajista, y a la otra por haber perdido el valde lleno de tamales, porque no habíamos vendido ni uno solo. Yo salí despichadito, porque si no, también me hubieran tocado los catorrazos, porque venía muy acaramelado con Tere, que ya era “Tere la molacha”.

Ahora eran dos más que rompían las tazas, porque dejaron de hablarse por bastante tiempo las dos hermanas, y las otras dos que se habían distanciado también seguían cada una por su lado, aunque esa tarde, llegaba el mitote de que algo mal, tenía “La Chagua”. Doña Eva, que hablaba como merolica, traía la noticia, y al parecer andaban buscando a Araceli, los del ministerio público, porque lo que le habían encontrado a “La Chagua” lo médicos -que no sabíamos nadie que era-, al parecer fue a consecuencias de la golpiza que le dio en los quince por cuatro años, y el único feliz de esta historia era el torete, porque tal vez la boda no se llevaría a cabo.

Siquieres saber qué enfermedad le apareció a “La Chagua”, y qué pasó con Araceli y Juan Castro con el lío del ministerio público; además que sucedió con el

romance entre Tere “La Molacha” y su *servilleta*; es decir y yo, no te pierdas la tercera parte de la serie de cuentos: **No me gusta el chisme.**

Heriberto Inzunza Ramírez